

LO PROFESIONAL, LO SOCIAL Y LO PERSONAL EN EL SAED

Alfredo López Serrano
Profesor de Enseñanza Secundaria
IES Altaír (Getafe - Madrid)
Madrid, 26 de mayo de 2002

En las páginas que siguen voy a partir de mi experiencia personal y de unas impresiones, también personales, sobre la situación de la enseñanza en la actualidad para mostrar cómo la atención domiciliaria es una respuesta no solo para el alumnado convaleciente que la necesitan, sino para un sector del profesorado, interesado por renovar su práctica docente y por reencontrarse con los principios básicos de su profesión.

Una encrucijada profesional

Cuando se me planteó la posibilidad de trabajar en el equipo del Servicio de Atención Educativa Domiciliaria (SAED) me encontraba en uno de esos momentos en que uno necesita un cambio en su actividad laboral y vital. Y esto no es fácil de aceptar cuando, como yo, se hace lo que se quiere hacer, que es ser profesor y dedicarme a la enseñanza directa. Pero después de dieciséis años de profesión y sobre todo después de terminar mi tesis doctoral veía cómo me había distanciado de los impulsos que me llevaron a este oficio, dejando mi anterior empleo en la banca comercial. Eran las personas, el trato con los jóvenes en un entorno cultural lo que me había llevado a ello, así como el convencimiento de que el mundo de la cultura es la mejor alternativa frente a las múltiples amenazas de los nuevos tiempos. Pero por alguna razón, tal vez simplemente por la mella que los años producen en nuestro carácter, o a fuerza de ver a los jóvenes solamente, el escolar, mi actividad docente se había ido circunscribiendo a lo estrictamente académico, es decir, había ido convirtiendo en mi mente a esas jóvenes personas en “alumnado”, empobreciendo el propio concepto de cultura, que ha de tener un sentido integral, de forma que enriquezca y fecunde toda nuestra vida.

No exagero si reconozco que el trabajo en el SAED me ha reconciliado de nuevo con la esencia de mi labor educativa, y eso a pesar de que los tiempos han cambiado. El prestigio del profesorado está en regresión, y a veces llega uno a pensar que este descrédito obedece a campañas orquestadas por algunos medios de comunicación, que no vacilan en indicar que determinado delincuente es profesor, mientras disimulan (corrección política obliga) si es de una determinada etnia, región o idea religiosa. Mi época de alumno de secundaria no fue tanto la del autoritarismo franquista, de cuyas lindezas tantas marcas quedan en las mentes de toda una generación, sino la de un prestigio del profesorado basado en una forma de ser que nos fascinaba a los alumnos, una imagen que nos abría caminos y formas de pensar, que nos presentaba el mundo de la alta cultura y de la ciencia al alcance de la mano, o casi, lo que contrastaba con las mediocres o duras condiciones de vida de los años sesenta y setenta.

Los tiempos han cambiado. Los televisores te muestran el mundo con solo apretar un botón, aunque a fuerza de apretar botones, la multiplicidad de imágenes no es más que un parloteo insustancial. En este contexto, es normal que gran parte de nuestros alumnos (y a eso voy, no los del SAED) tiendan a estar en clase como si presenciaran una banal sesión

televisiva, sin la atención debida ni la actitud de actividad interior necesarias para que la enseñanza pueda convertirse en aprendizaje. Los que desean aprender de verdad es frecuente que estén en minoría y tengan que hacer grandes esfuerzos de camuflaje y paciencia. A los jóvenes apenas se les ocurre querer ser profesores el día de mañana, y no se lo reprocho, pues ser futbolista, periodista, informático o cantante son profesiones con muchísima mejor imagen. En este ambiente desmotivado hacia el estudio, el profesor pierde fuelle, por más profesional que se sea, hace su labor con menos ganas pues no se retroalimenta suficientemente con la energía y el aliento que debe devolver el alumnado. Todo lo dicho sirve aquí únicamente para explicar el revulsivo que supone para un profesor escuchar que un niño o un adolescente digan, a veces con las piernas rotas o sin pelo por los efectos de la quimioterapia, que lo que más desean es ir al colegio o al instituto, estar entre los amigos de clase y aprender como el resto de sus compañeros. A mí, por lo menos, me ha llegado al corazón. Se me han caído los palos del posible sombrero cómodo del dar-la-clase-y-cobrar-a-fin-de-mes que podría achacarse a los que somos “funcionarios docentes”, términos y expresiones que podrían incluirse dentro de la campaña de desprestigio anteriormente citada.

Los profesores nunca hemos sido los típicos funcionarios, tanto por el tipo de trabajo como por el sueldo en relación con el que correspondería a nuestro nivel académico. Pero sí hay que reconocer, al menos, el desánimo de un profesorado que tiene que enfrentarse al desgaste del desinterés del alumnado, y que, como yo, nos veíamos tentados por la, sin embargo, odiada caída en el pasotismo. Me importan las personas, y aunque haya que dar todos los matices a esta actitud y haya que poner todos los medios para que no sea dañina para mí ni para mis alumnos, es decir, que el excesivo personalismo pueda desvirtuar la propia profesión docente, no puede dudarse que éste es el motor de nuestro trabajo, y en el SAED esto se hace particularmente evidente. A diferencia de otros empleos, donde el dinero, los ladrillos, los *chips* o las ideas abstractas son la materia prima con la que se trabaja, la profesión de maestro, en sentido amplio, exige conocimiento y trato personal. Pero si las relaciones personales son muy superficiales, como las que se pueden dar en una clase convencional si no hay un acercamiento que rompa dinámicas comunicadoras, entonces el resultado es la frustración y el desasosiego, el famoso estrés docente, y uno no puede menos de preguntarse ¿no estaría mejor en mi puesto de empleado de banca o en una oficina cualquiera, entre adultos, no teniendo que aguantar a estos jovencitos? Evidentemente, el planteamiento y los términos de la pregunta retórica, pero no tan inusual, muestra hasta qué punto se ha producido el distanciamiento y la incomprensión entre el profesor y sus alumnos, y en parte es debido al sistema educativo de “clases y nada más” en el que vivimos actualmente.

Pienso, sin embargo, que de nada servirá el voluntarismo, más o menos duradero, de los profesores que nos hemos implicado en el proyecto; es necesario que se habiliten medidas para que el impulso inicial se mantenga, fundamentalmente con una serie de directrices muy estudiadas y con una dotación adecuada para que sea viable.

Nuevas perspectivas de la enseñanza en el SAED

Con la atención domiciliaria las perspectivas son muy diferentes que el desolador escenario que acabo de esbozar. Entrar en la casa de nuestro alumno es empezar a conocerle, a comprender sus circunstancias y a calibrar mejor qué es lo que necesita de nosotros. Sabemos qué libros hay en la estantería, cómo es su lugar de estudio, qué importancia da a su material escolar. En poco tiempo, sin mayores indagaciones, nos podemos hacer una idea bastante precisa de cual es el ambiente familiar, cuáles pueden ser las principales dificultades para el aprendizaje e incluso conocer algunos aspectos relativos a su enfermedad que podrían interesar médicos, psicólogos o asistentes sociales que se ocupan, eventualmente, del joven, pues en muchos casos somos los profesionales que más tratamos a estos alumnos-pacientes.

El ritmo de trabajo está al servicio del alumno, como debe ser, pues de nada sirve *enseñar* si no *aprenden* aquellos a quienes nos dirigimos, y aquí no influye la voluntad o el despiste, sino claramente su incapacidad transitoria (de acudir a clase, al menos) motivada por la enfermedad y su convalecencia en casa.

La variedad de materias, si bien exige cierta madurez cultural del profesor, permite variar la actividad diaria en función de las necesidades objetivas del joven y de sus apetencias, pues todos los días no está predispuesto para los análisis sintácticos o la música, ni todos para las matemáticas, la educación plástica o el inglés. La versatilidad que ha de tener el profesor de atención domiciliaria, en estos casos, debe estar respaldada por una formación constante, un apoyo entre los miembros del equipo del SAED y de las Aulas Hospitalarias y unos medios tecnológicos que salven las barreras impuestas por la enfermedad y la distancia, como veremos más adelante.

En breve, y sin excepción, todos los profesores participantes se ven altamente involucrados en el proyecto de la atención domiciliaria. Es lo que me pasó a mí el año pasado y lo que veo que ha pasado también con mis compañeros. Olvidamos nuestros primeros recelos ante los aspectos más problemáticos del nuevo trabajo (desplazamiento, aparcamiento, dificultades de coordinación con los centros de referencia, preparación de clases y materiales,...) y nos centramos en los alumnos, en cómo sacarlos adelante. Es un trabajo que muy pronto apasiona y al que dedicas más horas, llamadas de teléfono y preocupaciones de las que tenías previstas, así como impulsa a comentar con otros profesores del SAED lo que pasa en cada caso, pues a veces te sientes desbordado por las situaciones, algunas especialmente dramáticas. Pero la gratificación es enorme, pues casi siempre notas la buena actitud, la receptividad de los alumnos y sus familias, la oportunidad y utilidad de tu trabajo, tal vez decisivo en la vida de ese joven. Un elemento más al que no quiero dar más importancia: también notas el agradecimiento.

Durante y después de iniciar la experiencia en la atención domiciliaria, el resto de mi actividad docente se ha visto renovada, y no podía ser de otra manera. Recuerdo una de las sesiones del seminario de formación del SAED en la que se planteó si dar clase o no a un chico o una chica de los llamados “enfermos terminales”, y si se consideraba positiva la enseñanza hasta el final, en lo que todos estábamos de acuerdo. Ahora bien, ¿cómo debería ser ésta? Nuestros compañeros de las aulas hospitalarias, con mayor experiencia que nosotros, sostuvieron que, evidentemente, el estudio tendría que ser diferente, pues el alumno debía obtener más placer inmediato en cada sesión y, en ningún caso, “machacar” su mente con contenidos. Pero entonces se impone la pregunta: ¿quiere esto decir que sí se

puede o se debe, al menos alguna vez, “machacar” o saturar a los alumnos “normales”? Si sacamos las últimas consecuencias a las lecciones que la atención domiciliaria proporciona al profesorado, deberíamos tratar a todos nuestros alumnos como si fueran terminales, pues todos somos, depende de cómo lo entendamos, terminales, ya que la muerte, por más que vivamos de espaldas a ella en nuestro tiempo y sea políticamente incorrecto citarla, sigue siendo uno de nuestros referentes vitales básicos. Yo me esfuerzo por aprender de la enfermedad, propia y ajena, y llevar este conocimiento a mi actividad como profesor.

Previsiones lógicas y encuentros con una realidad

Pero hay algo más. Según confirmaba la formación inicial que recibimos (médica, psicológica y didáctica), estaba previsto que los alumnos que íbamos a atender seguramente habrían pasado por las aulas hospitalarias, y a partir de esa experiencia repasamos las enfermedades de mayor atención en los hospitales, es decir, las crónicas o de larga duración, así como las que precisan hospitalización y una prolongada convalecencia en casa, como el cáncer o los traumatismos. En parte, lo que hemos visto responde a esas expectativas, pero también hemos sentido extrañeza al encontrar un sector de población joven que aunque apenas ha pasado por el hospital o, si lo hizo hace tiempo, hoy sus familias y ellos mismos se consideran perdidos para el mundo escolar. Son las enfermedades de origen psicológico y, entre ellas, las fobias, por decir una palabra que simplifique el fenómeno. Y sus somatizaciones, por supuesto. En este sentido, se ha abierto una nueva perspectiva que tal vez no era conocida del todo anteriormente.

En principio, uno se da cuenta de que hay más niños y jóvenes enfermos de los que creía, muchos de ellos sin acudir al centro educativo y sin atención académica desde hace tiempo, y algunos semidesauciados por los médicos o los psicólogos, lo cual es sorprendente teniendo en cuenta su corta edad. Un porcentaje alto de los alumnos que atendemos, cercano al veinte por ciento en la zona Sur de Madrid, necesita un importante apoyo psicológico, y en muchos casos se trata de fobias de diverso tipo, con somatizaciones, es decir, mensajes que nos envía el cuerpo para que prestemos atención a males más profundos, a veces de origen psicológico o social, lo cual es evidente en algunos de nuestros alumnos y alumnas. Curiosamente, ciertos males desaparecen cuando el joven deja de ir a la escuela, y este cuadro sintomatológico se está produciendo mucho más a menudo de lo que estaba previsto, es decir, que la sorpresa, tal vez, ha sido que han aparecido demasiados casos de patologías fóbicas, muchos más de los estimados con anterioridad, ya los padres, gravemente preocupados, no han tenido otro recurso y han visto el cielo abierto al poder acudir al servicio de atención domiciliaria para intentar normalizar la situación de sus hijos. Ha corrido la voz de la existencia del servicio y esto significa que tenemos numerosos casos, y la noticia de nuestro funcionamiento se extiende como mancha de aceite, descubriéndose una bolsa de abstención caracterizada por un rechazo visceral y una franca aversión al medio escolar, sin excluir síntomas físicos de todo tipo que sería prolijo describir. Entrar en el estudio de cada uno de los casos sería excesivo para el carácter más testimonial que analítico de estas páginas, pero yo creo que sería de gran utilidad para estos alumnos que los profesores del SAED, o un grupo de ellos, profundizaran o se especializaran en estos temas, además de generar una organización que permita atenderlos académicamente.

Difícil tratar este asunto con rigor y acertar en el análisis de lo que pasa con estos alumnos, pues tal vez llegaríamos a la conclusión de que, o hay más jóvenes enfermos de

los que creíamos, o es el sistema educativo el que está enfermo, a la espera de un correcto diagnóstico. ¿Atención domiciliaria? Muy bien, pero primero atención escolar, pues la desatención es bastante general en los centros para determinado tipo de alumnos, desatención que puede ser el origen de muchos de los males que conducen a algunos adolescentes al absentismo, a pesar de los esfuerzos de los equipos de orientación y los tutores, cada vez más abrumados por requisitos burocráticos. Por otra parte, si se hiciera un estudio sobre la desatención de niños y jóvenes, sería difícil que quedara bien parada, en términos estadísticos, alguna de las partes implicadas y responsables de la educación.

La presencia de estos alumnos obliga a reflexionar no solamente en cómo darles una respuesta eficaz sino también en que, de nuevo, hemos de plantearnos qué pasa en las familias, en la escuela, en los medios de comunicación y en la sociedad en general, para que estos alumnos vomiten, tengan fuertes otitis, les duela el estómago o la cabeza, no puedan dormir o tengan variadas alergias cuando se acercan a cincuenta metros del instituto. En general son alumnos y alumnas muy trabajadores, estudiosos, respetuosos,... justo los valores que están en entredicho en los pasillos (más que en las aulas) de nuestros centros educativos, y no digamos en la televisión, en la calle y en otros ámbitos de nuestra sociedad.

El *home schooling* y sus problemas

Una situación parecida está llevando en los Estados Unidos a recurrir al *home schooling*, o escuela en casa, un tipo de enseñanza en la que los padres asumen más responsabilidad educativa y los medios informáticos e *internet* son las herramientas básicas. Se evita así la presión del medio, pero queda pendiente el problema de la socialización real del alumno, por lo que, de vez en cuando, el chico o la chica se encuentra con otros amigos y padres que siguen un sistema semejante. Sin duda, esta forma de educación ha resuelto transitoriamente algunos problemas graves de contacto del alumno con su medio y los niveles de instrucción logrados son, indudablemente, altos. Pero por muy bueno que sea el diseño del estudio, el problema de esta forma de concebir la enseñanza es que no siempre vamos a encontrarnos con personas afines en nuestro entorno, y parte de la educación de los niños y adolescentes debe consistir precisamente en enfrentarse y resolver los problemas de convivencia que se les vaya planteando, conocer las divergencias que surgen en la proximidad física y conseguir una moderada tranquilidad en el entorno social, a veces ciertamente agresivo, pero de otra forma, siguiendo los métodos del *home schooling*, los alumnos solo podrán dedicarse en el futuro a trabajos y actividades en la red electrónica, sembrando de miedos y manías su vida para siempre.

Lo que estamos llevando a cabo pretende tomar algunas de las enseñanzas de este sistema, pero desde el principio tiene una vocación socializadora. Uno de los peores efectos del *home schooling*, de extenderse en Europa, sería privar a estos alumnos de una educación reglada, pues así perderían la posibilidad de adquirir las destrezas culturales y de relación personal básicas que les serán necesarias para asumir sus responsabilidades y para enfrentarse más decididamente y con más acierto a estas contradicciones sociales, presumiblemente en aumento en el futuro.

Una alternativa hoy técnicamente posible para todos los alumnos que previsiblemente recurrirán al SAED, consistiría en integrar a todos ellos en una comunidad virtual, que es lo que está permitiendo la formación que el seminario del SAED está

llevando a cabo, no necesariamente incompatible con la eventual asistencia del alumno a los centros, todo lo contrario, pues no se pretende en ningún caso hacer crónica la atención domiciliaria. El SAED surge como una atención transitoria, pues la “cronificación” del servicio debería considerarse un fracaso, ya que una de cuyas líneas de actuación preferente es fomentar el contacto con otros alumnos tanto en sus centros de referencia como con otros que estén en parecidas circunstancias y lograr la autonomía del alumno. Los resultados de reinserción de nuestro alumnado en las aulas permiten augurar muchas esperanzas en este sentido.

En lo que al profesorado respecta, la presencia de estos alumnos puede resultar un fermento para la reflexión y la mejoría de los sistemas escolares en su conjunto, pues se trata de una diversidad que hasta ahora apenas había sido atendida, y los métodos utilizados, que implican comprensión de las circunstancias de los estudiantes y sus familias y la adaptación del profesor a ellas, pueden resultar aplicables a muchos casos que, sin llegar a las situaciones de las que se encarga el SAED, sí se están dando embrionariamente en muchos centros educativos. Pero diversidad no significa acumulación de problemas de diverso tipo en el mismo centro. La aparición de centros *ghetto*, es decir, en los que se produce un exceso de alumnado inmigrante o con necesidades educativas especiales, mientras otros, públicos y concertados, no asumen su responsabilidad y sus obligaciones a este respecto, está dejando exhaustos y desmotivados a los excelentes profesores que intentar hacer frente a la situación, produce una bajada de niveles educativos que perjudica gravemente a un sector del alumnado, y no ayuda a la integración social de los jóvenes, lo que no se produciría si la escolarización fuera más equilibrada. Son problemas de amplio calado que están en la mente de todos y que son origen de muchos de nuestros males presentes, pero sobre todo futuros. Nuestro trabajo en el SAED tiende a paliar algunos de ellos.

El trabajo en equipo, la comunidad virtual

El desgaste didáctico y emocional del profesorado del SAED, al que estamos expuestos por las propias características de nuestro trabajo (eventuales retrocesos en la salud del alumno, consiguiente estancamiento académico, situaciones familiares graves que terminan afectando al alumno, soledad del profesor ante algunos temas superiores a su formación y posibilidades) exige que exista un sistema de formación permanente y una serie de contactos de apoyo puntual, pero sobre todo un equipo que sirva de respaldo a nuestra labor diaria. En ocasiones solo necesitamos contarnos unos a otros las situaciones que vivimos y qué estamos haciendo para abordarlas. Es curioso ver cómo cuando nos reunimos los miembros del SAED es difícil que los pequeños grupos que se forman consigan mantener el silencio, pues de manera natural necesitamos aprovechar el poco tiempo que tenemos en común para expresar e intercambiar nuestras opiniones y sensaciones ante los miembros del grupo y recabar de ellos aunque sólo sea el simple apoyo de la escucha. Nuestras reuniones tienen ese carácter de intercambio intenso de los que tienen muchas cosas que contar, que sorprenderse o maravillarse en común.

Nuestra dispersión geográfica dificulta que estos encuentros se den más a menudo, por lo que el seminario de formación que hemos iniciado pretende que dominemos las herramientas informáticas para transmitirnos información a través de nuestros correos electrónicos. El nivel de partida en cuanto al conocimiento de estos medios era muy dispar, por lo que se formaron inicialmente dos grupos, según el grado de destreza con las

herramientas informáticas. Además, el apoyo de la Fundación La Caixa ha permitido que avancemos en el dominio de estas herramientas, y hoy creo que estamos en disposición todos los miembros del equipo de la zona Sur de Madrid de adquirir la información y recursos necesarios ante determinados escollos didácticos que puedan plantearse, así como de comunicarnos entre nosotros para obtener ese apoyo intangible que da pertenecer a un grupo, saber que uno no está solo ante determinados problemas. No obstante, aún nos hallamos muy lejos de formar la comunidad virtual que pretendía conseguir el seminario del SAED, a partir de una comunidad real ya existente. Para lograrlo será necesario el hábito que se adquiere tal vez con más tiempo de práctica, con más medios tecnológicos (que cada día parecen más disponibles) y con una continuidad en el tiempo que quizás pueda empezar a dar sus frutos en los próximos cursos.

Los medios tecnológicos permiten mucho más, y la pequeña comunidad virtual del SAED en Madrid, podrá enriquecerse en el futuro con foros de debate como los que ya existen para las aulas hospitalarias con las que mantenemos, de hecho, una relación fluida, con la participación en la comunidad virtual de médicos, enfermeros, asistentes sociales, orientadores, familias y los propios alumnos, que verán cómo pueden superarse muchas de las barreras que les impone, al menos transitoriamente, su situación de enfermedad, y de forma primordial, cómo pueden comunicarse con otros jóvenes en similares circunstancias y con los compañeros del centro de referencia al que pertenecen.

Por último, las redes formadas podrían conectarse y enriquecerse con la experiencia de otras ya consolidadas en varias zonas, como las existentes ya en diversos puntos de España, y también en Argentina, Francia o el Reino Unido. Es decir, que el equipo ha de entenderse en un sentido amplio para que aumente su eficacia. Y tal vez usarlos para ampliar el servicio a la educación secundaria postobligatoria y a la universitaria.

No obstante, nunca hay que perder la perspectiva de que los medios informáticos son eso, medios, y deben estar, en nuestro caso, al servicio de los fines educativos y de las personas. Y la atención domiciliaria nos recuerda todos los días que, aparte de todos los artilugios y proyectos que podamos inventar en torno a la educación, ésta no es más que un contacto entre (lo único importante) las personas.